

Es el día del Juicio Final...

Él ha vuelto para juzgarnos

LOS CAMINANTES
TEMPUS FLUGIT

CARLOS SISI

Después de la catástrofe de Barcelona, los personajes han vuelto a Térmens, Lleida, donde siguen luchando por sobrevivir. Las cosas no marchan bien porque algunos de los Aeternum, privados de los procesos biológicos químicos del cuerpo, están cayendo poco a poco en un estado plano de existencia. Juan Aranda sabe que el destino de la comunidad está en peligro y el profesor Jukkar le pide volver a Carranque para encontrar la solución a sus problemas.

Llega la continuación de la saga de zombis más famosa de nuestra geografía. En esta quinta novela Carlos Sisí recupera a sus personajes más emblemáticos y da respuesta a los interrogantes que planteó en *Aeternum*.

*Para todos los que acompañaron
a los héroes de Carranque hasta aquí.
Para ti.
Gracias :)*

1. ALGO MALO DE VERDAD

1

Julio salió a la calle y miró al cielo. No se había quedado mal día, a pesar de todo. Pocas horas antes, el amanecer había revelado un cielo cubierto con una argamasa sucia y grisácea que había mantenido las calles en penumbra hasta prácticamente las nueve. Muy poco después, un trueno había retumbado en alguna parte, anunciando con estrépito una lluvia tan abundante como repentina. Las calles se llenaron de tráfico lento, pesado y ruidoso, enmarañado en una nube de humo de motor que olía a gasolina y se iluminaba con el color de las luces de los semáforos. La gente se lanzaba a la calle apresurando el paso para evitar calarse, pero sin conseguirlo. Ahora la lluvia había remitido dejando su recuerdo en forma de gotas que colgaban de los aleros de los edificios. El sol tejía en las aceras, pródigas en charcos, hermosos claroscuros, e incluso hacía buena temperatura. Casi parecía primavera otra vez.

Casi.

Aún quedaba un largo día por delante, sin embargo, y eso tenía más de octubre que de marzo.

Julio caminaba ahora por la acera, todavía húmeda. El olor rancio de los orines viejos se mezclaba con el frescor del agua recién caída, pero aun entonces era mejor que la pestilencia asfixiante que emanaban las manchas oscuras cuando el sol las castigaba a mediodía. Entonces los efluvios tibios traían vestigios intoxicantes de amoníaco, mu-

chas veces insoportables de respirar. A Julio le gustaba la lluvia. Mucho. La lluvia limpiaba, y hacía que las cosas parecieran nuevas otra vez. Los perros que trotaban a buen paso tirando de sus amos por una ciudad que empezaba a despertar, no tanto. Ellos eran los artífices inequívocos de tanto mal olor. De todas aquellas meadas. De que su salón oliera a cuarto de baño de garito nocturno.

El sonido ululante de una sirena lo hizo mirar a su derecha, a tiempo de ver una ambulancia que avanzaba con lentitud entre el tráfico. Los coches se apartaban reticentes, como si protestaran. Negó con la cabeza; últimamente estaba viendo demasiadas ambulancias por todas partes. Carraspeó incómodo preguntándose si las meadas de los perros no tendrían algo que ver. Tal vez no las meadas, pero sí el estado de las calles, de la ciudad en general. Esas cosas, la ponzoña vergonzosa de una sociedad enferma, producían enfermedades. Todo su barrio era un meadero, un barrio sucio, lleno de gente sucia, zafia y descuidada. Las basuras se acumulaban en los contenedores desde por la mañana, las aceras se colmaban de porquerías, papeles, colillas y esputos; los vecinos, la mayoría en el desempleo, salían desaliñados a media mañana a llenar sus carros de compra para producir todavía más bolsas de basura, cuando no ocupaban los bares durante casi todo el día, bares que emitían un detestable olor a fritanga y que dejaban un cementerio de servilletas mugrientas alrededor de la entrada. Eso cada día. Uno y otro día, sin variación, fuese martes o domingo.

Julio quería mudarse. Acabaría enfermando también él. Había otras zonas en la ciudad donde las cosas eran diferentes, pero no podía permitirse otro barrio. Con lo que pagaba de alquiler en aquella zona no podría pagar ni la silla de una inmobiliaria en cualquier otra parte. Era una mierda. Una mierda que olía tan mal como toda aquella calle.

Estaba mascullando algo cuando un golpe sordo hizo que volviera la cabeza otra vez. La ambulancia se había de-

tenido y se mecía con suavidad, como si se hubiera dado un golpe con un vehículo. Pero no había ocurrido nada de eso porque los otros coches permanecían en su sitio. Había presenciado esas situaciones en muchas ocasiones, y en todas ellas los conductores habían salido con furiosa brusquedad de sus coches, las venas hinchidas decorando sus cuellos, tan ávidos como coléricos. En esas circunstancias nunca había nada accidental: rozar la carrocería de la tartana de alguien parecía ser motivo más que suficiente para llegar a la sangre.

Siguió mirando. La ambulancia volvió a sacudirse sin que nadie la tocara, y Julio comprendió que el golpe debía de venir de dentro. Había retumbado con la musicalidad de un mamparo de metal. Otras personas se habían detenido en las aceras para mirar con curiosidad.

—¡Carajo! —exclamó alguien a su lado.

Era un señor mayor, con una recortada barba blanca cuyo vello se erizaba como púas de metal. Las arrugas eran surcos profundos en sus facciones castigadas por el sol. Julio percibió que olía a pescado.

—A ver si se están dando de hostias —añadió riendo.

Julio no dijo nada. Estaba a punto de seguir caminando hacia su trabajo cuando un nuevo golpe hizo estremecer toda la estructura. La sirena tartamudeó agónicamente y se detuvo con una caterva final de chirridos electrónicos. Julio dio un respingo.

—¡Bueno! —soltó el anciano.

Para entonces, muchos de los transeúntes se habían detenido por completo, expectantes y curiosos.

La puerta del conductor se abrió y un hombre descendió del vehículo para dirigirse a la carrera a la parte de atrás. Estaba a punto de abrir las puertas cuando éstas parecieron explotar y abrirse con violencia: una de ellas lo alcanzó en la cara y lo hizo retroceder. La otra rebotó contra el lateral de la carrocería y retrocedió regresando a su lugar.

La gente seguía mirando, atónita, como si asistiera a un improvisado espectáculo que unos actores hubieran organizado en la calle; quizá por eso nadie hacía nada.

El conductor no se había repuesto del todo cuando un hombre saltó del interior y se situó junto a él. Julio vio la sangre en su ropa y en su cara casi de inmediato, y comprendió la escena: un hombre violento, herido, que está siendo transportado al hospital, recupera la consciencia y arremete contra el sanitario que lo atiende. Empiezan a pelear. PUM. PUM. Golpes contra la estructura a un lado y a otro. Ahora lo veía en la expresión de su cara: los ojos abiertos y despavoridos, el cuello estirado como un ariete a punto de embestir, las manos crispadas.

—¡Que lo mata! —exclamó de nuevo el anciano, y se echó a reír.

Qué ciudad de mierda, pensó asqueado en el mismo instante en que el herido se lanzaba contra el conductor. Gritos de alarma recorrieron las hileras de curiosos que observaban desde las aceras. Algunos corrieron para asistir al conductor, otros empezaron a trastear con sus móviles.

Julio ya había tenido bastante. Mientras el griterío aumentaba a su alrededor y algunos se acercaban corriendo para ver qué pasaba, desvió la mirada al suelo y siguió su camino hacia la parada de autobús. El mundo podía irse a la mierda un poco más cada día, pero si llegaba tarde a su trabajo, la mierda caería sobre él.

2

Cristina tenía solamente ocho años, pero miraba a su abuelito con ojos empañados de un terror tan exacerbado que casi parecían velados por una suerte de pátina mugrienta. No sabía qué le pasaba; había empezado a retorcerse de una manera tan divertida que Cristina había espurreado su

leche con ColaCao mientras una risa escapaba de su garganta. Luego, su cara había cambiado para dibujar unos rasgos que la niña no le había visto hasta entonces. Se puso rojo, de un rojo encendido, y parecía que le dolía algo. Doler de verdad, se dijo, no como cuando se caía y se raspaba la rodilla. Cristina pensó que estaba enfadado con ella por haber rociado leche por toda la mesa, pero luego desechó la idea. A su abuelito le pasaba algo, algo malo de verdad, y se asustó muchísimo.

Su madre dijo un montón de cosas mientras revoloteaba a su alrededor. Cosas complicadas de médicos. Estaba asustada, mucho, y corrió al teléfono para hablar con alguien. Abuelito dejó de moverse; escupió un moco blanco y espeso por la boca, fijó los ojos en ella y... eso fue todo. La madre chillaba al teléfono, usando palabras como «ataquealcorazón» y otras peores que la hicieron asustarse aún más. «Infarto». «Socorro». «Dense prisa». «Busquen una jodida ambulancia para mi padre por el amor de Dios».

Cristina se acercó a su abuelo, dando pequeños pasos por la moqueta del salón. Un pasito. Otro pasito. Cada pasito, un deseo. Por favor, por favor, que mi abuelito esté bien. Otro pasito, otro deseo. Por favor, abuelito, me estás a-sus-tan-do. Otro pasito. Los ojos empezaban a construir un dique de lágrimas.

—¿Abuelito? —lo llamó, tímida.

Mamá chillaba todavía al teléfono. Llevaba un buen rato, cada vez más asustada y usando palabras más feas.

—¿¡Cómo que no hay ambulancias?! —gritaba—. ¡¿Está de broma?! ¡No vuelva a colgarme o le juro que iré allí y les arrancaré el corazón para dárselo a mi padre!

—Abuelito...

Su abuelito se sacudió con un espasmo. Cristina dio un pequeño respingo, pero se quedó quieta y callada porque no sabía si eso significaba que su abuelito estaba mejor o era algo todavía más malo. Volvió la cabeza para mirar a su madre, y la descubrió mirándola con perplejidad, los ojos

cubiertos de lágrimas brillantes, y una mano sobre la boca ahogando un llanto.

El abuelito volvió a sacudirse, esta vez estirando los brazos sobre las orejas de la butaca y echando la cabeza hacia atrás. Dejó escapar una especie de gemido que sonaba como el agua colándose por un sumidero. A Cristina no le gustó, era un sonido que daba miedo, pero a mamá debió de parecerle otra cosa, porque colgó el teléfono y corrió hacia él mientras se rendía a un llanto desconsolado.

—¡Papá, papá!, decía.

»Papá, gracias a Dios que estás bien.

»¡Papá, qué susto me has dado!

»Oh, papá.

Cristina aún miraba cuando, a modo de justicia divina, su abuelito espurreó la sangre de mamá sobre ella.

Y eso... Oh, eso era algo malo de verdad.

3

El aparato de televisión, que era todavía viejo y tenía el tamaño de una pequeña caja fuerte, emitía una transmisión de emergencia de la que se hacían eco todos los canales.

—«... para ello, el gobierno acaba de solicitar del Congreso de los Diputados la autorización para declarar el estado de excepción. Repito, estado de excepción. El Congreso, reunido en estos momentos para debatir la solicitud, podrá aprobarla en sus propios términos o introducir modificaciones en la misma. De obtener la autorización, procederá a hacer la declaración de manera oficial, acordando para ello en el Consejo de Ministros un decreto con el contenido autorizado por el Congreso de los Diputados».

Pero no había nadie en el salón que hiciera caso a la tele. Los cajones donde se guardaban las fotos familiares, abiertos y vaciados con urgencia, daban testimonio silen-

cioso de que nadie pensaba volver; al menos, en bastante tiempo.

4

Celeste no daba crédito a sus ojos. No quedaba ni una botella de agua en los estantes, ni de las pequeñas ni de las grandes. ¡Ninguna! La visión de las enormes baldas blancas desprovistas de contenido la había dejado perpleja. ¿Cómo era posible que en una situación de emergencia como aquélla no hubiera agua, por el amor de Dios? Oh, no pensaba pagarlas, por supuesto; casi nadie lo estaba haciendo. La gente se limitaba a salir corriendo empujando sus carros cargados de comida mientras los responsables de la seguridad iban y venían haciendo grandes aspavientos. Uno de los chicos de seguridad estaba apoyado contra la pared atendido por un compañero, con una catarata de sangre resbalando desde la frente. No era su maldito problema: ella quería agua, porque su marido, el Antonio, le había dicho que se acercaban tiempos difíciles, y que no estaba seguro de que los grifos siguieran suministrando en los próximos días, o semanas, lo que quiera que durase esa situación. El agua era importante. Había visto en la tele que una persona podía aguantar varios días sin comer, ¡hasta quince!, pero que sin agua te apagas como una puñetera vela. Te arrugas. Te deshidratas.

¿Qué pasaba con el agua?

Miró alrededor, indignada. Ni siquiera había nadie a la vista a quien protestar, y las cajeras, por lo que parece, se habían retirado a la oficina para estar a salvo de la gente.

Un tipo vestido con un chándal de colores estridentes pasó a su lado cargado con un par de exprimidores eléctricos, le rozó el brazo y la hizo chasquear la lengua con un gesto de enfado. El idiota sonreía como si le hubiera toca-

do la lotería. ¿Para qué querría los exprimidores?, se preguntó. ¿Quizá tenía pensado encerrarse en casa con varias toneladas de naranjas a esperar a que la crisis pasara? Celeste negó con la cabeza.

Entonces vio otra cosa. Algo que la sacudió como un relámpago cargado de electricidad. La alcanzó de lleno y cambió su estado de «indignada» a «cabreada-que-te-cagas». La rabia se apoderó de sus mejillas y las hizo brillar como almenaras en mitad de la noche. Frunció el ceño, una corona perfecta para los labios entreabiertos alrededor de una serie de dientes a la vista. Aquel tipo que pasaba al fondo del corredor... Oh, aquel tipo llevaba un carro cargado hasta arriba de botellas de agua. Había tantas que las que estaban abajo estaban empezando a gotear. Había tantas, que las ruedas chirriaban penosamente intentando soportar el peso.

Maldito hijo de puta.

Hijo de puta codicioso y egoísta.

Celeste se dirigió hacia él dando grandes zancadas por el pasillo. En alguna parte a poca distancia alguien estaba gritándole a otro; se oían los golpes y los insultos, y el ruido tintineante de un centenar de latas cayendo contra el suelo. Sin embargo, en la bruma colérica que incendiaba su mente, Celeste sólo oía los borbotones líquidos de sangre colmando su corazón de una rabia creciente. Eso era todo. No pensaba; no sabía lo que iba a hacer. No tenía ni idea de lo que le diría a aquel hombre que empujaba con esfuerzo el carrito lleno de botellas de agua.

Cuando estaba llegando a él, extendió el brazo y tomó un enorme bote de tomate de la estantería, sin mirar, para asirlo con fuerza entre los dedos. Se sentía como si llevara una maza, como si el puño se le hubiera transmutado en acero, y puede que fuese la algarabía incesante que tenía alrededor, o que estaba cansada, catorce meses cansada de que su marido estuviera en paro y su hija se hubiera quedado embarazada del idiota que vendía mulo desde su

despacho profesional ubicado en el maletero de su Opel Corsa, o puede que fuese otra cosa. Pero cuando se acercó lo suficiente, levantó el bote sobre su cabeza y su brazo cogió impulso.

El bote perforó el aire como un proyectil medieval, adquiriendo velocidad y precisión. Una especie de trayectoria elíptica que terminó por alcanzar al tipo en la cabeza. Celeste sintió la reverberación del golpe por todo el cuerpo, acompañado de un sonido orgánico y apagado. El hombre se estremeció brevemente y cayó al suelo, quedándose clavado de rodillas. La sangre empezó a manar abundante desde algún lugar bajo su cabello. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero no tuvo tiempo.

—Hijo de puta egoísta —graznó Celeste mientras levantaba el brazo de nuevo. El bote centelleó brevemente como una espada forjada por un rey arcano antes de descender. El impacto fue como un mazazo. El hombre salió despedido hacia un lado, sacudido por un espasmo nervioso que hizo estremecer sus extremidades como si fuera un muñeco de trapo.

Y el suelo se cubrió de sangre, que se apresuró a manar de las heridas abiertas. Negra y espesa, evolucionaba lentamente sobre las baldosas blancas.

Celeste pestañeó.

—No debería haber hecho eso —dijo alguien a su lado.

Se trataba de un hombre con una acusada calvicie; el pelo que nacía de las sienes le caía en greñas sobre los hombros. No podía dejar de mirar el cadáver, pero retrocedía lentamente.

—Se levantará... Va a levantarse. ¿Es que no ha visto las noticias? —dijo.

Celeste miró el bote de tomate en su mano y lo dejó caer con una repentina sensación de asco.

—Tenía toda el agua —exclamó dubitativa—, ¿sabe?

—Vete... —susurró el hombre. Levantó los brazos y gritó: ¡Todo el mundo tiene que irse!

Celeste se quedó mirando el cuerpo desmadejado en el suelo, como si no entendiera lo que estaba mirando o lo que acababa de pasar. Tampoco entendía lo que el hombre acababa de decir, pero eso era lo de menos: hacía mucho que había perdido la capacidad para entender nada ni a nadie. La gente... La gente se fijaba en gilipolleces y hablaba, por supuesto, de ellas. Era lo que hacían durante todo el día, hablar de cosas aburridas que no iban con su vida. Para Celeste, el mundo se había ido al garete hacía ya mucho tiempo, mucho antes de que aquel caos se adueñara de las calles.

Y el caos...

Miró alrededor.

La gente seguía atendiendo sus cosas. Caminaban con urgencia en busca de los productos que les interesaban, algunos mirando temerosos a su alrededor, como si temiesen resultar dañados en mitad del jaleo; otros con una sonrisa torcida, como si fuesen conscientes de que aquella oportunidad de coger lo que quisieran sin pagar fuese única y breve, que en algún momento vendría la policía, alguien.

Lobos y corderos.

Pero nadie parecía fijarse en ella, o en el hombre en el suelo. Nadie.

—A la mierda —gruñó con satisfacción.

Se dirigió hacia el carrito y empezó a coger botellas de agua, apilándolas entre sus brazos. El agua estaba bien. Haber dado su merecido a aquel egoísta hijo de puta, también.

Pero el egoísta hijo de puta, como había augurado el hombre calvo, volvió.

Moreno no había corrido así desde la primera comunión, cuando jugó a un enloquecido pillar-pillar con otros niños. Pero ahora había corrido por su vida, perseguido por su vecino, y el miedo había puesto alas en sus pies. Cómo había corrido. Había corrido tanto que a cada paso que daba las piernas parecían querer salirse de su sitio, los tobillos le flaqueaban y los pies tocaban el suelo en cualquier posición, como si fueran a descoyuntarse. La respiración era inexistente, el dolor en el pecho y el costado, lacerante, pero sus ojos giraban vertiginosamente en las órbitas buscando una salida y su mente galopaba sobre un simple concepto: CORRER.

Su vecino había cambiado. Ahora gritaba a su espalda expulsando espumarajos de sangre por la boca, los ojos blancuzcos y las manos tendidas hacia él, los dedos trocados en estiletes punzantes que ansiaban hundirse en su carne. Moreno no sabía lo que le había pasado, pero lo había visto con la cara hundida en el cuello de una chica de dieciséis años que se llamaba Paola, y eso había sido todo. El recuerdo de las tardes de fútbol y las risas en el bar quedaban muy atrás.

Moreno cerró la puerta de su casa tan pronto cruzó el umbral. Un instante después, ésta se sacudió con una violencia desmedida, amenazando con salirse de sus goznes. Moreno dio un respingo, pero extendió los brazos y empujó ambas palmas sobre la hoja, apretando mucho los dientes y cerrando los ojos como para ayudarlo a mitigar el dolor. Los alocados latidos de su corazón tañían al ritmo de la misma frase repetida una y otra vez. «Dios mío». «Dios mío». «Dios mío».

Fuera, en alguna parte, el sonido de un disparo llenó el aire, seguido de gritos y el chirriar de unos neumáticos sobre el pavimento. La puerta seguía acosada, restallando cada pocos segundos por unos puños cerrados. Su vecino empezaba a aullar como un animal enloquecido.

—¡Fernando! —gritó—. ¡Fernando, soy yo, coño!

Fernando respondió con un alarido infernal que lo hizo encogerse sobre sí mismo.

—Fer... Fernando...

Moreno empezó a llorar.

6

Mamá y papá están enfadados. Mucho. No me gusta cuando mamá y papá se enfadan porque gritan y luego nadie habla durante mucho tiempo. A veces papá sale de casa y tarda mucho en regresar, y oigo cómo mamá llora en la cama. Hace tiempo que no llora, y no sé si eso es peor.

Hace días que papá no va al trabajo y mamá no sale de casa tampoco. En la calle hay ruidos y todo asusta un poco, pero papá dice que no hay que preocuparse. Mamá quiere ir a casa de los abuelos, pero papá no quiere que salgamos. Ni siquiera estoy yendo al colegio. Me gustaría llamar a mi amigo Marcos por teléfono, pero no funciona.

Hoy hemos comido pasta, pero sin tomate. Mamá dice que irá a comprar pronto. Espero que sea así, porque se ha acabado la leche y no me gusta la leche condensada. Tampoco hay agua en la cisterna, y ESO SÍ QUE ES UN PROBLEMA. Es asqueroso cuando tienes que hacer pipí y el váter está lleno de papel. ¡La caca de papá huele fatal!

Creo que es por el bebé. Mi hermanita huele muy bien, y cuando la miras te hace sentir cosquillas en el estómago. Quiero que esté bien y que sonría, pero últimamente llora todo el tiempo y papá y mamá suelen pelearse cuando llora demasiado. Le he pedido que no llore, le he prestado mi súper Obi Wan Kenobi especial, pero no sé si me hace caso. Creo que no entiende aún las palabras porque es un ESTUPIBEBÉ.

Mamá dice que no tiene leche. Supongo que el bebé no puede tomar leche condensada.